

946
Li



DC179

L3

v.5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

01351

HISTORIA

DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot de Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Tolon despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I.

Lo que hace triste la historia en la relacion de las guerras civiles, es que despues de las campañas es necesario hablar de cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderantismo y de fraternidad que daba á esta ocupacion el aspecto de una reconciliacion mas bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto á las personas y á las propie-

dades: ningun desórden, ninguna violencia fué tolerada. Los paisanos de la Auvernia, que habian acudido allí con carros, con mulas y con sacos para trasportar los despojos de la mas opulenta ciudad de Francia prometidos á su rapacidad, fueron despedidos con las manos vacías y se volvieron murmurando á sus montañas. Los republicanos, se condujeron como vencedores afligidos por su victoria, y no como bandas salvages é indisciplinadas. La generosidad natural del soldado francés precedió á la venganza. Los representantes no la proclamaron sino algunos dias despues, y á petición de la comision de salud pública, y Lyon fué escogido para ejemplo de la severidad de la república. No eran bastantes los suplicios individuales, el terror queria ofrecer el suplicio de una ciudad como ejemplo y como amenaza á sus enemigos.

Los jacobinos, amigos de Chalier, comprimidos por tanto tiempo por los realistas y por los girondinos de Lyon, salieron de sus guaridas clamando venganza á los representantes, é intimando á la Convencion que les entregase en fin sus enemigos. Los representantes trataron por algun tiempo en contener esta rabia, pero concluyeron por complacerla, limitándose solo á regularizarla, por medio de la instalacion de tribunales revolucionarios, y dando decretos de esterminio.

II.

Allí, como en todos los actos del terror, se ha atribuido á un solo hombre el horror de la sangre derramada. La confusion del momento, la desesperacion de los que mueren, y el resentimiento de los que sobreviven, no saben distinguir los culpables, y hacen á veces caer la execracion de la posteridad sobre el menos criminal. La historia tiene sus contingencias como los campos de ba-

talla, absuelve ó sacrifica reputaciones sin discernimiento y sin compasion. Al tiempo toca esclusivamente dar á cada uno lo que le pertenece. Sin debilitar la reprobacion que va unida á las grandes ejecuciones de las guerras civiles, pertenece á él señalar á cada partido y sobre cada hombre, la parte exacta de responsabilidad que le corresponde. Las preocupaciones de la calumnia no se legitiman con el tiempo: la justicia es debida á todos los nombres aun á los mas odiosos. No se prescribe contra la memoria de los hombres.

Todos los crímenes cometidos por la república en Lion, han sido atribuidos á Couthon, porque este era el amigo y el confidente de Robespierre en la represion del federalismo, y en la victoria de los republicanos unitarios contra la anarquía civil. Las fechas, los hechos y las palabras imparcialmente estudiadas, desmienten estas preocupaciones. Couthon entró en Lyon como pacificador mas bien que como verdugo; combatiendo con toda la energía que le permitia su representacion los excesos y las venganzas de los jacobinos, luchando contra Dubois-Crancé, Collot de Herbois y Dorfeuille para moderar la reaccion de aquellos arrebatos del terror. Por esto fué denunciado á la Montaña y á los jacobinos, como indulgente y prevaricador, y se retiró, en fin, antes de las primeras ejecuciones, para no ser testigo y cómplice de la sangre vertida por los representantes del partido implacable de la Convencion.

III.

Couthon, Laporte, Maignet y Chateauf-Randon, entraron en triunfo en Lyon á la cabeza de las tropas, y se constituyeron en la casa de ayuntamiento, escoltados por todos los jacobinos y por una muchedumbre de pue-

blo que les pedía á grandes gritos los despojos de los ricos y las cabezas de los federalistas. Couthon arengó á la multitud prometiéndoles la venganza, pero recomendó el orden y reivindicó para solo la república el derecho de escoger, de juzgar y de herir á sus enemigos. Los representantes fueron desde allí al palacio del Arzobispo, que estaba vacío. Las devastadas habitaciones de este edificio, las paredes y los techos derruidos por las bombas, daban á su residencia el aspecto de un campamento situado entre escombros. Dubois-Crancé, segundo general del ejército sitiador y miembro también de la Convención, se presentó la misma noche en aquel sitio con la concubina que lo seguía hasta en los campamentos, no pudiendo hallar otro albergue en aquel desmantelado palacio, que un desvan fétido, cuyo techo amenazaba ruina. El vencedor de Lyon, tuvo que dormir en una miserable cama, indignado por el desprecio que de él hacían sus colegas alojándole en aquel granero. En cuanto amaneció, salió de palacio murmurando contra la insolencia de Couthon, y se fué á alojarse en una fonda de la ciudad. Los jacobinos ofendidos por las dilaciones de Couthon se agruparon alrededor de Dubois-Crancé. Este general los reunió por la noche en el teatro. Los palcos y las decoraciones se habían quemado, y los techos abiertos por cien partes, recordaban la resistencia y el castigo. Dubois-Crancé, reformó el club central y arengó á los jacobinos como cómplice mas bien que como general. El pueblo salió gritando *¡Viva Dubois-Crancé!* desbordándose por las calles cantando canciones feroces. En los parages públicos se firmó una súplica á la Convención, pidiéndola que confiase el mando del ejército á aquel general.

Couthon y sus colegas viendo á los jacobinos y á Dubois-Crancé dispuestos á arrastrar la tropa de grado ó fuerza á su causa, y al ejército mimado por los clubistas, escribieron á la comisión de salud pública pidiéndole que llamase

en seguida al general jacobino, dirigiendo entretanto continuas proclamas á las tropas y al pueblo invitándoles á la disciplina, al orden y á la clemencia. «Valientes soldados, decía Couthon antes de entrar en la ciudad, habeis jurado respetar la vida y los bienes de los ciudadanos. Este solemne juramento no será porque os lo ha dictado el sentimiento de vuestra propia gloria. Podrá haber fuera del ejército hombres que se dejen llevar á los escesos ó á las venganzas, á fin de atribuirles su infancia á los valientes republicanos: denunciadlos y prendedlos para que nosotros hagamos pronta justicia. Soldados franceses: decian en otra parte, guardaos de perder todo el mérito de la guerra que acabais de hacer con tanta magnanimidad. Sed siempre lo que habeis sido. Dejar á las leyes el derecho de castigar á los culpables. Los enemigos del pueblo adoptan la máscara del patriotismo para estraviar á algunos de vosotros, tratando de haceros ultrajar por actos injustos, opresivos y arbitrarios el honor del ejército y de la república.»

Couthon mandó que se abriesen las manufacturas y que las relaciones comerciales volviesen á seguir su curso. Los jacobinos temblaron. El ejército obedeció. Dubois-Crancé intimidado y llamado por la Convención tembló ante Couthon y se humilló ante Robespierre. Couthon cerró los clubs inconsideradamente abiertos por Dubois-Crancé. «Considerando, decía, que por consecuencia del sitio que acaba de sufrir Lyon, las pasiones individuales de los ciudadanos deban fermentar aun, y que los mal intencionados podrán aprovecharse de estas circunstancias para atizar el fuego de la discordia civil.... se prohibe á los ciudadanos reunirse en secciones ó comisiones. —¿Qué harán los ciudadanos, escribía Couthon á la comisión de salud pública, cuando vean que los diputados son los primeros en escitarlos á la violación de las leyes?» El se ciñó en virtud de las leyes existentes á enviar ante una comisión militar á los lioneses fugitivos

presos con las armas en la mano despues de la capitulacion. Instituyó algunos dias despues de órden de la comision de salud pública, otro tribunal que recibió el nombre de *comision de justicia popular*. Este tribunal, debia juzgar á todos los ciudadanos que sin ser militares, hubiesen tomado parte en sublevacion armada de Lion, contra la república. Las formas jurídicas y lentas de este tribunal daban, si no garantías á la inocencia al menos el tiempo necesario para la reflexion. Couthon tardó diez dias en dar el decreto que instituia aquel tribunal para dar á los ciudadanos comprometidos y á los que habian firmado actas que se reputaban criminales, ocasion y tiempo de evadirse. Veinte mil ciudadanos á quienes halló medio de avisar del peligro que les amenazaba, salieron de la ciudad y se refugiaron en Suiza ó en las montañas del Forez.

IV.

Sin embargo, la Montaña y los jacobinos de París sublevados contra la apatia de Couthon por las acusaciones de Dubois-Crancé, instaban á la comision de salud pública para que diese un memorable ejemplo á las insurrecciones venideras y vengase á la república en la segunda ciudad de la república. Robespierre y Saint-Just, aunque amigos particulares de Couthon y satisfechos de haber vencido, se reconocian impotentes contra el arrebato de la Montaña, y fingieron participar de él. Barrere, siempre dispuesto á servir indiferentemente al furor ó á la sabiduria de los partidos, subió el 12 de noviembre á la tribuna y leyó á la Convencion en nombre de la comision de salud pública un decreto, ó por mejor decir, un *plebiscito* contra la desdichada ciudad. «¡Sepúltese Lyon en sus propias ruinas! dijo. El arado

debe pasar por todos sus edificios esceptuando sobre la morada de los indigentes, los talleres, los hospicios, ó las casas consagradas á la instruccion pública. Es necesario que el nombre mismo de esta ciudad, perezca bajo sus ruinas. En lo sucesivo se la llamará *ciudad libre*. Sobre los restos de esta infame poblacion se elevará un monumento que honre á la Convencion, que atestigüe el crimen y el castigo de los enemigos de la libertad. Esta sola inscripcion lo dirá todo: *¡Lyon hizo la guerra á la libertad, Lyon no existe!*» Prescribíase en este decreto que una comision extraordinaria, compuesta de cinco miembros hiciese castigar militarmente á los contra-revolucionarios de Lyon: que los habitantes fuesen desarmados, que las armas de los ricos se entregasen á los pobres, que la ciudad fuese demolida y especialmente las habitaciones de los ricos; que el nombre de la ciudad fuese borrado del padron de las poblaciones de la república; y que los bienes de los ricos y de los contra-revolucionarios se distribuyesen por via de indemnizacion entre los patriotas.

Este decreto hizo temblar á todo Lyon. El fanatismo de la libertad no habia estallado aun hasta el suicidio: la propiedad no habia sido todavia imputada á crimen: y la espoliacion no habia aun trasferido los bienes del rico al indingete, de la víctima al delator. Aquella ciudad, idólatra de la propiedad, era la primera que se veia castigada en lo que mas apreciaba. Couthon al paso que fingia la mayor admiracion hácia la sabiduria de aquel decreto, lo creia impracticable y tardó aun doce dias en ponerlo en ejecucion. Estas dilaciones daban lugar para huir en masa á los habitantes amenazados. El representante abria la puerta á las victimas para dar en vago los golpes ordenados por los jacobinos. «Este decreto, ciudadanos colegas, escribia á los jacobinos, nos ha llenado de admiracion. De todas las medidas grandes y vigorosas que habeis tomado, solo una confesamos que no estaba á nuestro alcance; esta es la de la destruccion

total; pero ya habíamos destruido las murallas y parapetos.» La Montaña hubiera querido que Lyon hubiera sido destruido tan pronto como Barrere habia pronunciado el decreto de su destruccion.

Un hombre infausto para la ciudad de Lyon, Collot de Herbois, declamaba furiosamente en la comision de salud pública y en los jacobinos de París, contra la blandura de los representantes del pueblo comisionados en aquella ciudad. Se hubiera creido que un odio personal le animaba contra Lyon. Se decia que habia empezado su carrera de cómico en aquella ciudad donde habia sido silvado por su escaso mérito por los espectadores, que su resentimiento como actor existia y fermentaba aun en el alma del representante, y que queriendo vengar á la república vengaba su orgullo ultrajado: Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot de Herbois con su testimonio; un dia llevó á la tribuna de los jacobinos la cabeza de Chalier, mostrando con el dedo puesto sobre el cráneo de aquel infeliz las señales de los cinco golpes de la cuchilla de la guillotina que habia mutilado antes de matar al ídolo de los revolucionarios lioneses. Guillard, amigo de Chalier, levantó los brazos hácia el cielo, al ver aquel espectáculo y exclamó: «En nombre de la patria y de los hermanos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon.»

V.

Couthon y sus colegas se determinaron, en fin, á ceder á las instancias de la Montaña y reorganizaron las comisiones revolucionarias. Couthon los invistió del derecho de pesquisa, vigilancia y denuncia contra los federalistas y realistas: ordenó visitas domiciliarias y de imposicion de sellos en las casas de los sospechosos; pero acompañó

á todas estas medidas de condiciones y prescripciones que neutralizaban en parte su efecto. En fin, Couthon cumplió, pero solo en la apariencia, el decreto de la Convencion que determinaba la demolicion de los edificios. Fué con grande aparato acompañado de sus colegas y de la municipalidad á la plaza de Bellecour, mas particularmente designada á ser demolida por la opinion de sus habitantes y por el lujo de sus edificios, conducido en un sillón como sobre el trono de las ruinas por cuatro hombres del pueblo; Couthon golpeó con un martillo de plata la piedra angular de una de las casas de la plaza, pronunciando estas palabras: «Yo te destruyo en nombre de la ley.»

Una porcion de indigentes cubiertos de harapos y multitud de jornaleros y albañiles, llevando azadas, palas, palancas y hachas, formaban la comitiva de los representantes. Estos hombres aplaudieron anticipadamente el derribo de aquellas moradas, cuyas ruinas iban á remediar su necesidad: pero Couthon, satisfecho de haber dado esta señal de obediencia á la Convencion, impuso silencio á aquella turba y la despachó. Las demoliciones fueron diferidas hasta que los habitantes de la plaza hubiesen trasportado á otra parte sus muebles y demas efectos.

Despues de la ceremonia los representantes dieron un decreto, intimando á las secciones que alistasen cada una treinta demoleedores, proveyéndolos de las herramientas, carros y carretones necesarios para el transporte de los escombros. Las mugeres, los muchachos y los viejos fueron admitidos segun sus fuerzas para esta obra, y se les señaló un jornal á espensas de los propietarios espoliados: pero aun no se empezó á demoler, Couthon reprendido de nuevo por la comision de salud pública, por la lentitud de sus ejecuciones y culpable á los ojos de los jacobinos de la sangre que no queria derramar, advertido ademas de la próxima llegada de otros representan-

tes, encargados de acelerar las venganzas, escribió á Robespierre y á Saint-Just, suplicando á sus amigos que lo librasen del peso de una misión que angustiaba su alma y que le envasen á la parte del Mediodía. Robespierre llamó á Couthon, y su partida fué la señal de las calamidades de Lyon. La sangre, cuyo derrame, detenía se desbordó. Los representantes Albitte y Javogues llegaron. Dorfeuille, presidente de la comisión de justicia popular, hizo colocar la guillotina en la plaza de Terreaux y en el pueblo de Feurs, otro de los focos de las venganzas nacionales, en el corazón de las montañas insurreccionadas.

Dorfeuille presidió á la cabeza del club central, una fiesta fúnebre consagrada á los manes de Chalier: «Ha muerto, dijo Dorfeuille, ha muerto por la patria, juremos imitarle y castigar á sus asesinos. ¡Ciudad impura, no ha sido bastante para tí el haber infestado durante dos siglos con tu lujo y tus vicios á la Francia y á la Europa! ¡Te era necesario degollar la virtud! ¡Mónstruos! ¡Han cometido esta maldad y aun respiran! ¡Chalier, te debemos una completa venganza y la obtendrás! ¡Mártir de la libertad, la sangre de los malvados es el agua lustral que conviene á tus manes! ¡Aristócratas, fanáticos, serpientes de las cortes, negociantes, ávidos y egoístas; mugeres perdidas de lujuria, de adulterios y de prostitución! ¿Qué le teniais que echar en cara? ¡La exageración, el patriotismo exaltado y una popularidad peligrosa! ¡Miserables, así os abrogais el derecho de señalar los límites á donde deben detenerse el amor á la patria y el reconocimiento hácia el pueblo? ¿Así anunciábais que el Eterno había puesto en vuestras manos la escuadra y el compás de las virtudes humanas? ¡Ah! si no podiais comprenderlas debierais al menos no haberlas asesinado! Ellos cantaron en su suplicio, ¡oh pueblo! llora tú hoy en su triunfo, ¡Oh, vosotros ciudadanos, que formais aquí en grupo á mi derecha, en esta misma plaza fué en donde Chalier dejó de existir, aquí es, en donde murió con la

muerte de los criminales, el mas inocente de los hombres! ¡Oh, vosotros ciudadanos, que formais grupo á mi derecha, vosotros estais pisando su sangre! ¡Escuchad sus últimos acentos! ¡Por mi conducto va á hablaros por última vez! ¡Ciudadanos, escuchad!»

Dorfeuille leyó entonces en medio de los llantos y de las imprecaciones de la multitud una carta escrita por Chalier en el instante de subir al cadalso. La despedida á sus amigos y á la muger que amaba, estaba llena de lágrimas; la despedida de sus hermanos los jacobinos solo respiraba entusiasmo. La libertad, la democracia y la religion se confundian en una confusa invocación de Chalier, al pueblo, á Dios y á la inmortalidad. La muerte solemnizaba aquellas palabras, y el pueblo las recogió como un legado del patriota.

VI.

Al día siguiente, Dorfeuille presidió por primera vez el tribunal. Los suplicios comenzaron con los juicios. Albitte y sus colegas que acababan de suceder á Couthon, llamaron al ejército de Ronsin, y formaron otro semejante en cada uno de los seis departamentos vecinos. La misión de estos ejércitos, reclutados entre la hez del pueblo, era generalizar en toda la superficie de aquellos departamentos, las medidas de inquisición, de espoliación, de prision y de asesinatos jurídicos, cuyo centro iba á ser Lyon. Dentro y fuera de sus muros los fugitivos no encontraban sino asechanzas, los sospechosos delatores y los acusados verdugos. Millares de presos de todas condiciones, nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y labradores, llenaron en pocos días las cárceles de aquellos departamentos, saliendo de ellas en columnas y á carretadas para Lyon. Allí, cinco vastos depósitos los recibian

por algunos dias, para lanzarlos en seguida al cadalso. El vacío se formaba y volvía á llenarse sin interrupción. La muerte mantenía este nivel.

En el número de aquellas víctimas suplicadas en sus cuerpos ó en sus almas, antes de la edad del crimen, se hizo notable una huérfana niña aun, llamada la señorita Alejandrina de Echerolles, privada de su madre por la muerte, y de su padre por la fuga; todos los días iba á la puerta de la cárcel de las reclusas, á solicitar con lágrimas el permiso de ver á una tía que la habia servido de madre, y que estaba en un calabozo. Bien pronto la vió conducir al suplicio y la siguió hasta el pie del cadalso, pidiendo en vano morir con ella. Despues se han debido á esta niña algunas páginas de los sucesos mas dramáticos y mas patéticos de aquel sitio. Semejante á la jóven Juana de la Force, historiadora de las guerras de religion de 1662, y á la heroica y sencilla madama de la Rochejacquelein, escribió con la sangre de su familia y con sus propias lágrimas, la relacion de las catástrofes que habia presenciado. Las mugeres son los verdaderos historiadores de las guerras civiles, porque no tienen mas causa que la de su corazón y porque los recuerdos conservan en ellas todo el calor de su pasión.

Juzgado Albitte de demasiado indulgente, se retiró como Couthon á la llegada de Collot de Herbois y de Fouché, nuevos procónsules designados por la Montaña. Ya era conocido allí Collot de Herbois, vanidad feroz que no veía la gloria mas que en los excesos y cuyos arrebatos nunca eran moderados por la razón. A Fouché no se le conocía, y se le tenía por fanático, pero no era sino un hombre muy astuto. Mas cómico de carácter que lo era Collot de Herbois por su profesion, representaba el papel de Bruto unido al alma de Sejan. Criado en las costumbres del claustro, Fouché habia contraído aquella flexibilidad servil que la humildad monacal imprime á los caracteres, para hacerles tan á propósito para obedecer

como para mandar segun las circunstancias. No habia visto en la revolucion sino una potencia que adular ó explotar. Se adhería á la tiranía del pueblo esperando el momento de adherirse á la tiranía de cualquier César. Este hombre olfateaba el tiempo. Entoncez buscaba Fouché el modo de engañar á Robespierre aparentando amar á la hermana del diputado por Arrás, y que deseaba casarse con ella; pero Robespierre aborrecía á Fouché á pesar de sus caricias. Fouché hacia gala de su incredulidad revolucionaria y de su ateísmo, pero Robespierre queria seides de su fé y no aduladores de su persona. Asi es que apartaba á Fouché de su corazón y de su familia como si fuese un lazo. Fouché, afectando mucha exageracion de principios, se habia ligado con Chaumette y con Hebert. Chaumette era de Nevers y habia hecho enviar á Fouché á aquella ciudad para propagar el terror. Los actos y las cartas de Fouché, sobrepujaron en Nevers el idioma de los demagogos de Paris, borrando en pocos meses en aquellos departamentos la impresion de los siglos, en las costumbres, en las leyes, en las fortunas y en las clases. Sin embargo, más ambicioso de republicanismo que sanguinario, habia encarcelado mas gente que la que habia sacrificado. Amenazaba mas que heria. Los despojos de los ricos, de los emigrados, de los palacios, de las iglesias, los rescates de los sospechosos, los productos de sus exacciones, enviados por él á la Convencion y al ayuntamiento de Paris, atestiguaron la energia de sus medidas é hicieron cerrar los ojos sobre su tolerancia de opinion. Heria sobre todo á los ídolos mudos del antiguo culto que habia repudiado. Su impiedad se tenía por patristismo. «El pueblo francés, escribia, no reconoce otro dogma que el de su soberanía y el de su poder.» Proscribia todo signo religioso hasta en los sepulcros, haciendo grabar la imágen del sueño en el frontispicio de los cementerios, ordenando que no se pudiese en ellos mas inscripcion que esta. *La muerte es un sueño eterno!* Su ateísmo profesaba la nada.

VII.

Tales eran los dos hombres que la Montaña envió para presidir los suplicios de Lyon. Robespierre quiso que les acompañase Montaut, republicano inflexible pero probo. Montaut, instruido por la suerte de Couthon de lo que podía esperar para sí mismo, se negó á marchar á su destino. Los dos representantes, empezaron por acusar á Couthon, por la dilacion de las demoliciones y de los suplicios. «Los acusadores públicos van á marchar, escribieron, el tribunal va á juzgar por tres en un día. Las minas van á acelerar las demoliciones.»

Collot habia llevado consigo de París una colonia de jacobinos escogidos entre los mas furibundos de aquella sociedad. Fouché llevó otra de la Nièvre, hombres todos ejercitados en las delaciones, endurecidos á las lágrimas y aguerridos al suplicio. Los representantes se habian hecho seguir de una porcion de carceleros estrangeros, con el objeto de que las relaciones de vecindad con los presos, y la piedad natural entre compatriotas, no corrompiesen la inflexibilidad de los carceleros de Lyon. Encargaron guillotinas como si fuesen armas, para ir al combate, y pasaron por la ciudad para enardecer al pueblo, la urna cineraria de Chalier. Al llegar al altar que habia erigido á sus manes se arrodillaron delante de aquellos restos, Chalier, exclamó Fouché, la sangre de los aristócratas será tu incienso.

Los signos del cristianismo, el Evangelio y el crucifijo, seguian detrás de la procesion, atados á la cola de un animal inmundo, luego fueron arrojados en una hoguera que ardia en el altar de Chalier. Ademas, hicieron beber á un horrico en el cáliz del sacrificio, pisoteando despues las hostias. Los templos que se habian reservado hasta entonces para el culto constitucional,

fueron profanados con cánticos, bailes y ceremonias irónicas.

«Hemos fundado ayer la religion del patriotismo, escribió Collot, se han vertido lágrimas á la vista de la paloma que consolaba á Chalier en su prision y que parecia gemir al lado del simulacro. ¡Venganza! ¡venganza! gritaban en todas partes. Lo juramos, el pueblo quedará vengado, el suelo será trastornado, ¡todo lo que el vicio y el crimen habian construido, será demolido! ¡El viagero no verá ya los restos de esta ciudad rebelde y soberbia, sino algunas chozas habitadas por los partidarios de la igualdad!»

VIII.

Al día siguiente cayeron las cabezas de diez miembros del ayuntamiento. La mina hizo saltar los mas hermosos edificios de la ciudad. Una instruccion patriótica, firmada por Fouché y por Collot á los clubistas de Lyon y de los departamentos del Loire y del Ródano, para estimular su energia reasumia de este modo sus derechos y sus deberes. «Todo les es permitido á los que obran en el sentido de la revolucion. El deseo de una venganza legitima, se convierte en una necesidad imperiosa. Ciudadanos, es menester que todos los que han concurrido directa ó indirectamente á la rebelion, lleven su cabeza al cadalso. Si sois patriotas, sabreis distinguir vuestros amigos, y os apoderareis de todos los demas. Ninguna consideracion debe deteneros, ni la edad, ni el sexo, ni el parentesco. Tomad como un impuesto forzoso, todo cuanto tenga un ciudadano de inútil; todo hombre que posee mas de lo que necesita para sus necesidades, no puede menos de abusar de lo que tiene. Hay personas que tienen repuestos de paños, de lienzos, de camisas y

de zapatos. Apoderaos de todo esto. ¿Con qué derecho guarda un hombre en sus armarios los muebles ó los vestidos superfluos? ¡El oro, la plata y todos los metales preciosos, deben pasar al tesoro nacional! Estirpad los cultos, porque el republicano no tiene mas Dios que su patria. Todos los pueblos de la república no tardarán en imitar al de Paris, que sobre las ruinas de un culto gótico acaba de erigir un templo á la razon. ¡Ayudadnos á herir con grandes golpes, ó de lo contrario, sereis heridos por nosotros!»

Estas proclamas de la venganza, del pillage y del ateísmo, eran otros tantos vituperios indirectos dirigidos á Couthon, que habia usado un lenguaje tan distinto pocos dias antes de la reunion popular. «Nuestra moral, habia dicho Couthon hablando de Robespierre y de su partido, no es la moral de esos falsos filósofos del dia, que no sabiendo leer en el gran libro de la naturaleza, creen en la casualidad y en la nada. Nosotros creemos en una Providencia, nosotros creemos en un Ser supremo, poderoso, justo y bueno por excelencia. Nosotros no le ultrajamos con ceremonias ridículas y forzadas: el homenaje que le tributamos es puro y libre.»

Conforme al espíritu de aquella proclama, Fouché y Collot, crearon comisionados de confiscacion y de delacion, señalándoles treinta francos por cada denuncia. Esta suma era duplicada cuando se trataba de las cabezas principales, como las de los nobles, las de los sacerdotes, y las de los religiosos y religiosas. No se entregaba el precio de la sangre sino al que dirigia en persona las pesquisas del ejército revolucionario, y entregaba el sospechoso al tribunal. Una multitud de miserables vivian de este infame tráfico, con la vida de los ciudadanos. Los sótanos, los graneros, las chozas, los bosques, las emigraciones nocturnas á las montañas vecinas, los disfraces de todo género eran inútiles para ocultar á los hombres comprometidos y á las trémulas mugeres á la

inquisicion, siempre vigilante de los delatores. El hambre, el frio, las fatigas, las enfermedades, las visitas domiciliarias y la traicion, los entregaban al cabo de algunos dias á los sicarios de la comision temporal.

Los calabozos estaban atestados de presos. Al paso que los propietarios y los negociantes perecian, las casas caian á tierra á los golpes de los demolidores. Tan pronto como un delator indicaba una casa confiscada á la comision de secuestros, la demolicion lanzaba sus bandas de jornaleros contra sus paredes. Los mercaderes, los vecinos y las familias espulsadas de estas casas proscriptas, apenas tenian tiempo para evácuar su domicilio y para llevarse á los viejos, los enfermos y los niños á otra parte. Se veian todos los dias los picos empleados en derribar las escaleras ó á los albañiles ocupados en destejar los edificios. Mientras que los habitantes sorprendidos arrojaban sus muebles por las ventanas y las madres llevaban las cunas de sus hijos por medio de los escombros de sus habitaciones, veinte mil trabajadores de la Auvernia y de los Bajos Alpes se empleaba en arrasar el suelo. La pólvora minaban los sótanos y los cimientos. El sueldo de los demolidores subia á cuatrocientos mil francos por década. Las demoliciones costaron quince millones de francos, y el daño causado por ellas representaba un capital de mas de trescientos millones de valor en edificios.

Centenares de trabajadores perecieron envueltos bajo los trozos de paredes imprudentemente minadas. El dique de Saint-Clair, las dos fachadas de la plaza de Bellecour, los muelles del Saona, las calles habitadas por la aristocracia mercantil, los arsenales, los hospitales, los monasterios, las iglesias, las fortificaciones y las casas de campo de las colinas de los dos rios no ofrecian ya sino el aspecto de una ciudad destruida por el bombardeo despues de repetidos asaltos. Lyon casi desierto enmudecia en medio de sus ruinas. Los obreros sin talleres y sin pan, alistados y pagados por los representantes á

espensas de los ricos, parecían encarnizarse con el hacha en la mano sobre el cadáver de la ciudad que los había alimentado. El estruendo de las paredes que caían, el polvo de las demoliciones que cubría la ciudad, el estampido de los cañonazos y del fuego por milades que fusilaban ó metrallaban á los habitantes, el chirrido de las carretas, que desde las cinco cárceles de la ciudad conducían á los acusados al tribunal y á los sentenciados á la guillotina, eran las únicas señales de vida de la población: el cadalso era su único espectáculo, y las aclamaciones de un pueblo andrajoso á cada cabeza que rodaba á sus pies, era su única fiesta.

IX.

La comision de justicia popular, instituida por Couthon, se trasformó á la llegada de Ronsin y de su ejército en tribunal revolucionario. A los dos dias de la llegada de aquellos cuerpos, compuestos mas bien de lietores que de soldados de la república, las ejecuciones comenzaron y continuaron sin interrupcion durante noventa dias. Ocho ó diez sentenciados por sesion morian al salir del tribunal sobre el cadalso, colocado constantemente frente á las gradas de la casa de ayuntamiento. El agua y la arena, esparcidas todas las tardes despues de las ejecuciones alrededor de este sumidero de sangre, no bastaban á quitar las manchas de la sangre. Un fango rojo y fétido, pisoteado sin cesar por un pueblo ávido de ver matar, cubria la plaza é infestaba el aire. En torno de este verdadero matadero de hombres solo se respiraba muertes. Las paredes exteriores del palacio de San Pedro y de la fachada de la casa de la ciudad sudaban sangre. En las mañanas de las jornadas de noviembre, diciembre y enero, que fueron los mas fecundos en suplicios,

los habitantes de aquel barrio veían elevarse del suelo, empapado en sangre, una nubecilla: esta era la sangre de sus compatriotas inmolados el dia anterior, la sombra de la ciudad, que se evaporaba al sol. Dorfeuille, en vista de las reclamaciones de los vecinos de aquel distrito, se vió obligado á trasportar la guillotina algunos pasos mas lejos, situándola sobre un sumidero que estaba al descubierto. La sangre corria por medio de las tablas á un foso de diez pies de hondo, que la llevaba al Ródano con las inmundicias del barrio. Las mugeres que iban á lavar al rio se vieron precisadas á cambiar de sitio para evitar que tanto sus ropas como sus brazos se tiñesen en una agua ensangrentada. En fin, cuando las ejecuciones se seguían con tanta velocidad como las pulsaciones de un hombre irritado, se elevaron á veinte, á treinta y cuarenta por dia, se colocó el instrumento mortífero en medio del puente Mórard, sobre el rio. Se limpiaba la sangre y se arrojaban las cabezas y los troncos desde los pretiles á lo mas rápido de la corriente del Ródano. Los marineros y los labradores de los islotes y de las playas bajas que cortan el curso del rio, entre Lyon y el mar, encontraron por mucho tiempo cabezas y cuerpos de hombres encallados en aquellos islotes, atravesados entre los juncos y mimbreras de las orillas.

Aquellos supliciados eran casi todos de la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas. Su edad era su crimen, y lo que les hacia sospechosos de haber combatido. Marcharon á la muerte con el ánimo de la juventud, como si marchasen al combate. En las cárceles, así como en los vivacs, la vispera de las batallas, no habia mas que un poco de paja sobre los ladrillos para que los presos reposasen algunos ratos. El peligro de comprometerse interesándose por su suerte ó de morir con ellos, no intimidó ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á sus sirvientes. El oro y las lágrimas que caían en las manos de los carceleros arrancaban entrevistas, conversa-

ciones y despedidas supremas. Las evasiones eran frecuentes. La religion y la caridad, tan activas y tan valientes en Lyon, no retrocedian ni ante la sospecha ni ante el asco para penetrar en aquellos subterráneos y para cuidar á los enfermos, alimentar á los necesitados y consolar á los moribundos. Algunas mugeres piadosas compraban de los administradores y de los carceleros el permiso de entrar de criadas en los calabozos, llevando mensajes ó introduciendo sacerdotes para auxiliar las almas y santificar el martirio. Purificaban los dormitorios, barrían las salas, limpiaban los vestidos de la miseria y enterraban los cadáveres: providencias visibles que se interponian hasta el último momento entre el alma de los presos y la muerte. Mas de seis mil presos estuvieron á la vez en estos depósitos de la guillotina.

X.

Allí se hundió toda una generacion. Allí se reconcentraron todos los hombres de condicion, de nacimiento, de fortuna y de opiniones distintas, que desde el principio de la revolucion habían abrazado partidos opuestos y á los cuales la sublevacion comun contra la opresion reunió al fin en un mismo delito y en la misma muerte. Clero, nobleza, clase media, comercio, pueblo, todo se confundió allí. Ningun ciudadano contra quien pudiese elevarse un delator, un envidioso ó un enemigo, escapó de la cautividad. Pocos cautivos se libraron de la muerte. Todo el que tenía un nombre, una fortuna, una profesion, una fábrica, una casa en la ciudad ó en el campo, todo el que era sospechoso de participar de cualquier modo de los bienes del rico, era preso, acusado, sentenciado y ejecutado con antelacion en el pensamiento de los próconsules y de sus proveedores. Lo más escogido de una

capital y de muchas provincias como Bresse, Dombes, Forez, Beaujolais, Vivarais y el Delfinado, pasó por aquellas cárceles y por aquellos cadalsos. Los palacios, las casas de lujo, las manufacturas, las mismas habitaciones de los labradores tal cual acomodados, estaban cerradas en un radio de veinte leguas alrededor de Lyon. El secuestro pesaba sobre millares de propiedades. Los sellos tapiaban las puertas y las ventanas. La naturaleza parecia atacada del mismo terror que los hombres. La ira de la revolucion habia llegado á convertirse en azote de la cólera divina. Las pestes de la edad media no hubieran hecho mas horroroso el aspecto de una provincia. En los caminos de Lyon á las poblaciones vecinas y hasta en los de las aldeas y cabañas, no se encontraba sino á los destacamentos del ejército revolucionario forzando las puertas en nombre de la ley, visitando los sótanos, los graneros, las camas del ganado, sondeando las paredes con las culatas de los fusiles ó llevando encadenados de dos en dos, en carretas, á los fugitivos, arrancados de sus asilos y seguidos de sus desconsoladas familias.

Así fueron conducidos á Lyon todos los ciudadanos mas notables ó ilustres que Couthon habia dejado escapar en los primeros momentos; tales como los regidores, alcaldes, municipales, administradores, jueces, magistrados, abogados, médicos, arquitectos, escultores, cirujanos, empleados en los hospitales establecimientos de beneficencia, acusados de haber combatido ó socorrido á los combatientes, curado á los heridos, ó mantenido al pueblo insurrecto ó hecho votos secretos por el triunfo de los defensores de Lyon. A estos, se añadian los padres, hijos, mugeres, hijas, amigos y criados, presuntos cómplices de sus esposos, de sus hermanos, y de sus amos, culpables por haber nacido en aquel suelo y por haber respirado el aire de la insurreccion.

Cada dia el escribano de la cárcel leia en alta voz en el patio la lista de los presos llamados al tribunal. La

respiracion parecia detenerse durante estos momentos. Los designados abrazaban por la última vez á sus amigos y distribuian sus camas, sus ropas, sus vestidos y su dinero á los que los sobrevivian. Formábanlos en una larga fila de sesenta á ochenta en el patio de la cárcel y los llevaban asi por medio de la multitud hasta el tribunal. El espacio del pretorio y las fuerzas del verdugo eran los únicos límites del número de presos que debian sacrificar diariamente. Los jueces eran casi todos forasteros para que sentenciasen sin compasion y sin temor á una responsabilidad futura. Aquellos cinco jueces de corazón humano cada uno en particular, obraban reunidos como si fuesen un instrumento mecánico de asesinatos. Observados por una multitud recelosa temblaban ellos mismos, dominados por el terror con que herian á los demas. Su actividad, sin embargo, no bastaba á Fouché y Collot de Herbois. Estos representantes habian prometido á los jacobinos de París prodigios de rigor. La lentitud del juicio y del suplicio los acusaba de haber tomado medidas á medias. Las jornadas de setiembre se presentaban á su vista como un ejemplo de imitacion, y querian sobrepujarlas regularizándolas al mismo tiempo. Dorfeuille escribió á los representantes del pueblo. «Se prepara un gran acto de justicia nacional, será de naturaleza que espante á los siglos venideros. Para dar á este acto la magestad que debe caracterizarle para que sea grande como la historia, es necesario que los administradores, los cuerpos del ejército, los magistrados del pueblo y los funcionarios públicos asistan á él, cuando menos por medio de una diputacion que los represente. Quiero que este dia de justicia sea un dia de fiesta, y he dicho de fiesta, porque este es el nombre mas adecuado que puede dársele. Cuando el crimen baja al sepulcro, la humanidad respira y esta es la fiesta de la virtud.

Los representantes ratificaron los planes de Dorfeuille, y el suplicio en masa reemplazó al suplicio individual. Al siguiente dia de esta proclama, sesenta y cuatro jóvenes de las primeras familias de la ciudad, fueron estraidos de las cárceles y se les condujo con una solemnidad inusitada á la casa de la ciudad en la que un breve interrogatorio los confundió á todos en pocos momentos en una misma sentencia: desde alli marcharon procesionalmente hácia las orillas del Ródano, haciéndoles atravesar el puente y dejando atrás la guillotina como una arma mellada.

Al otro lado del puente en la llanura baja de Brotteaux habian escabado en el suelo fangoso una trinchera doble, ó por mejor decir, un doble feso entre dos filas de álamos. Los sesenta y cuatro sentenciados inmanciados fueron colocados en columna en esta alameda al lado de su sepulcro, que estaba ya abierto. A la derecha y á la izquierda unos destacamentos de dragones con sable en mano, parecia que esperaban la señal de dar una carga. Sobre los montones de la tierra estraída de los fosos, estaban agrupados como en las gradas de un anfiteatro los miembros mas exaltados de la municipalidad, los presidentes y los oradores de los clubs, los funcionarios públicos, las autoridades militares, el estado mayor del ejército revolucionario, Dorfeuille y los jueces. En un balcón de uno de los palacios confiscados en el muelle del Ródano, Collot de Herbois y Fouché, con el anteojo en la mano parecian que estaban presidiendo aquella solemnidad del esterminio.

Las víctimas cantaban en coro el himno que antes les habia animado al combate y parecia que buscaban

en la letra de este canto supremo, el aturdimiento del golpe que iba á terminar su existencia.

¡Morir por la patria,
Es la suerte mas hermosa y digna de envidia!

Los artilleros escuchaban con las mechas encendidas á aquellos moribundos que cantaban su propia muerte. Dorfeuille dejó que las voces acabasen lentamente las graves modulaciones del último verso y despues levantando la mano y haciendo la señal convenida con los gefes de las piezas, se oyeron tres detonaciones á la vez. El humo envolvió las piezas y ocultó por un momento la calzada. Los tambores ahogaron los alaridos de las víctimas con un prolongado redoble; la multitud se precipitó para contemplar el efecto de la carnicería. Se habian engañado los artilleros. La ondulacion de la fila de los sentenciados habian dejado huecos por donde pasaron las balas. Veinte y tres presos solamente habian caido muertos por los disparos arrastrando en su caída con el peso de sus cuerpos á sus compañeros aun vivos, asociándolos á sus convulsiones é inundándolos con su sangre. Millares de gritos, de alaridos y de contorsiones espantosas, se elevaban de aquel monton confuso de miembros mutilados, de cadáveres y de vivos. Los artilleros volvieron á cargar y tiraron á metralla. La carnicería no se completó aun. Un grito desgarrador que se oyó hasta en la ciudad al través del Ródano, se elevó de este campo de agonía. Algunos miembros palpitantes todavía, algunas manos se dirigían ensangrentadas hácia los espectadores implorando el último golpe. ¡Los soldados se estremecieron! ¡Adelante, dragones, exclamó Dorfeuille, cargad ahora! A esta órden los dragones lanzaron sus caballos al galope sobre la calzada, y acabaron horrorizados con la punta de sus sables y á pistoletazos á los moribundos. Estos soldados bisonos aun y por consiguiente poco dies-

tros en el manejo de los caballos y de las armas, y á quienes repugnaban por otra parte el infame oficio de verdugos que se les obligó á desempeñar, prolongaron por mas de dos horas involuntariamente las escenas lúgubres de aquellos asesinatos y de aquellas agonías.

XII.

Un sordo murmullo de indignacion acogió en la ciudad la relacion de este suplicio. El pueblo se creia deshonrado y se comparaba él mismo á los tiranos mas nefastos de Roma, y á los verdugos del dia de San Bartolomé. Los representantes sofocaron aquellas murmuraciones con una proclama, en la que se mandaba aplaudir el hecho y mirar la compasion como una complicidad con los sentenciados. Todos los ciudadanos, y hasta las mugeres mas elegantes, afectaron entonces el rigorismo revolucionario para ocultar el horror con la máscara de la adulacion. La guillotina, instrumento del suplicio, se hizo por algunas semanas un adorno cívico y un ornato de los festines. El lujo que renacia alrededor de los representantes, hizo de esta máquina en miniatura, un díge repugnante del meublage ó del adorno de los jacobinos. Sus esposas, sus hijas ó sus queridas, llevaban unas guillotinas pequeñitas de oro, en los alfileres del pecho y en los pendientes.

Fouché, Collot de Herbois y Dorfeuille quisieron sofocar los remordimientos con el mas audáz desafío al sentimiento público. Doseientos nueve lioneses encarcelados, esperaban su juicio en la sombría cárcel llamada de Roanne. El estampido del cañon que habia despédazado á sus hermanos, resonó hasta en los calabozos de estos presos, que se prepararon á morir, pasando la noche, unos en rezar, otros en confesarse con algunos sacerdotes distra-

zados, y los mas jóvenes, en dar el último adios á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot de Herbois, fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces «¿De qué temple es esta juventud, dijo, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana, se formó un batallón delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del día. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocía un hijo, un hermano, un pariente, un amigo, ó un vecino, se adelantó con paso firme hácia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas, les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á través de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y varias hordas de mugeres inmundas, apostrofaban á las víctimas y las llenaban de ultrajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo: «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de mayo, decían los presos, de todos los pícaros que merecían la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora,» y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas: ¡No lloreis por nosotros, les decían, por los mártires no se llora!»

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcón, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar y pronunciaron la sentencia general: formalidad de muerte que cubría al ase-

sinato en masa, con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigían hácia los jueces, ora hácia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con silencio ó con el desprecio. La columna empujada por los soldados volvió á ponerse en marcha hácia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta, contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha, en lugar de doscientos nueve, halló doscientos diez. Eran, segun esto, mas los que habia presentes, que los que habian sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿cuáles eran los culpables? ¿quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situación, mandó hacer alto á la columna y dió parte de sus dudas á Collot de Herbois. La solución de aquel escrúpulo exigía un nuevo exámen. Este hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve, el pueblo estaba impaciente y la muerte esperaba. «¿Qué importa una mas? respondió Collot de Herbois, mas vale uno demas, que uno de menos.» Por otra parte, añadió para lavarse las manos de este asesinato, «el que muera hoy, no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio, era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horribles, protestando en vano contra aquel error.

XIII.

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por la patria! etc.

Las estrofas cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacían marchar á la columna á compás. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aun con